

RESTAURANT  
TROUSSEAU  
✦  
DÉJEUNERS

A young man and woman are shown in profile, embracing and kissing. The woman is on the left, wearing a long, light pink dress. The man is on the right, wearing a blue denim jacket over a white shirt and dark trousers. They are standing in front of a dark wooden door with a sign that reads 'RESTAURANT TROUSSEAU DÉJEUNERS'. The scene is lit with warm, golden light, suggesting late afternoon or early evening.

ALGUIEN  
COMO TÚ

Xavier Bosch

Jean-Pierre Zanardi, galerista en la Rive Gauche, es un espíritu libre. Paulina Homs, con una tranquila vida familiar en Barcelona, llega a París para la boda de su prima. Como si el destino lo hubiera preparado, entre ellos nacerá una atracción inesperada que cambiará sus vidas para siempre. Alguien como tú es la crónica de la búsqueda y la reconstrucción de una historia de amor, la de Paulina y Jean-Pierre, a través de los recuerdos, los documentos, los hallazgos fortuitos y el testimonio de las personas que conocieron la pasión clandestina de esta pareja. Será la hija de Paulina, Gina, quien descubrirá muchos años después de la muerte de su madre, el gran amor que la marcó para siempre.

A mis padres, Jordi y Maria Rosa.  
Aunque no lo lean les debía una.

El amor nace del recuerdo, vive de la inteligencia y muere a  
causa del olvido.

RAMON LLULL

*Parle-moi de ma mère!*

DON JOSÉ A MICAELA  
(*Carmen* de Bizet, acto I)

Solo te pido una cosa: que no conviertas nuestra historia en  
una novela.

Tiene que ser para nosotros dos.

PAULINA

## 1

## UN PERSONAJE MISTERIOSO

Nunca olvidaré la primera vez que me fijé en ti.

—Me juego el pellejo a que mañana no irá a clase — murmuró.

—¿Y tú qué sabrás? —respondí, en voz aún más baja.

Quizás no te habría echado el ojo si, al verte marchar a una hora inusual, Àxel no hubiera planteado una apuesta.

—Por la forma en que se la llevan, Gina no volverá. — Miramos por la ventana y, al ver cómo te ibas, cogida de la mano de aquel señor de andar sereno, añadió—: Al menos hasta el lunes.

—Vosotros dos, los del fondo... ¿Queréis hacer el favor de callar?

El bibliotecario de la escuela no estaba para gaitas. Era el profesor de filosofía de los mayores, y a pesar de que debía llamarnos la atención cada dos por tres, teníamos la suerte de que aún no se había aprendido nuestros nombres. En realidad, a los niños de nueve años solo nos estaba permitido entrar en el paraíso de las letras un día a la semana, los miércoles, después de comer. Algún sabio pedagogo había pensado que si lo percibíamos como un lugar prohibido, nos apetecería frecuentarlo más a menudo para revolver libros y hurgar entre todos aquellos volúmenes y la retahíla de fantasías hasta encontrar una historia que nos cautivara. El libro, en mayúsculas —cada uno el suyo—, que

nos despertara el placer por la lectura. Sin embargo, la biblioteca, para Àxel y para mí, se había convertido en un lugar ideal para distraerse. Sí es cierto que al fondo, de pared a pared y de arriba abajo, había estanterías y más estanterías de libros, ordenados, alineados con el lomo a la vista y clasificados según el criterio de Ayuso —que debía de ser un criterio acertado—, pero a nosotros nos gustaba más sentarnos justo en el otro extremo, junto al gran ventanal. Colocábamos un libro abierto, uno cualquiera, encima de la mesa y nos pasábamos una hora hablando en voz muy baja y observando el patio de los tres pinos mientras Ayuso, sentado a una mesa señorial y ayudado por unas minúsculas gafas que descansaban en la punta de su nariz, archivaba su colección de antiquísimas postales de Barcelona.

Con Àxel habíamos descubierto que el ventanal de la biblioteca era un emplazamiento estratégico para dominar toda la escuela. La panorámica lo abarcaba todo, desde la puerta que daba al gimnasio y los vestuarios de los niños y las niñas hasta el cancel principal de la escuela, que permitía ver, estirando el cuello, un trocito de la calle de Bellesguard, un callejón sin salida donde los maestros y profesores más madrugadores podían aparcar el coche en batería. Al otro lado del enorme ventanal de la biblioteca estaba el aula de dibujo y, junto a unas buganvillas a las que les costaba crecer, estaba la puerta de la secretaría, que, en caso de una brecha o de un dolor de cabeza, también se convertía en enfermería, refugio o consuelo.

Los miércoles, de tres a cuatro, los tres pinos disfrutaban de un rato de quietud. Ya no servían como palos de porterías ni para atar cuerdas para saltar. Con todos los niños en las aulas, apenas desfilaba nadie por el patio. Después de lavar los platos y las ollas, las cocineras se largaban arrastrando los pies. Los vigilantes del comedor, con prisas por disfrutar de la tarde y de la vida, se montaban en sus bicicletas y bajaban por Bellesguard. De vez en cuando, al-

gún miércoles, de tres a cuatro, mientras todos los niños de tercero C estábamos en la biblioteca, veíamos llegar a algunos padres que iban directamente a secretaría para escuchar el veredicto sobre su hijo en boca del tutor de su curso. Sin embargo, aquel caluroso miércoles, un día de mayo en que ya nos molestaba la bata, a la hora en que por el patio solo pasaban el viento y la calma, vimos llegar a un personaje misterioso.

Un taxi frenó justo delante de la puerta de la escuela y, al instante, bajó un hombre que podría tener la edad de nuestros padres, pero que no nos sonaba que fuera ningún padre de la escuela. Llevaba corbata. Traje oscuro y corbata. Y en nuestra escuela entraban muy pocas corbatas.

—Mira, Biel.

Àxel me lo señalaba, pero yo no entendía qué debía ver.

—El taxi no se va.

Me gustaban mucho los taxis de Barcelona, amarillos y negros, una combinación cromáticamente indigesta pero con mucha personalidad para un coche. Ves un taxi así y piensas... En Buenos Aires, por cierto, los taxis también son amarillos y negros.

El hombre de la corbata, con una mata de pelo negro y erizado, subió los escalones que había desde la calle hasta la biblioteca sin demasiado brío. En la puerta de la secretaría salió a recibirlo, con expresión grave, la directora de la escuela. Àxel se dio cuenta de que no era una visita concertada cualquiera. La mandamás, la señora Ramos, solo aparecía, a contrapelo, en casos críticos. Se estrecharon la mano, entraron en la secretaría y allí dentro, durante unos minutos, perdimos de vista la jugada. La conversación debió de ser corta, porque la mandamás salió sola y, con sus andares erguidos y la espalda tiesa —ya fuera por un pinzamiento discal o para dárseles de bailarina contumaz—, se fue derecha al aula de diseño. Todos los miércoles, mientras los de tercero C teníamos que ir a la biblioteca des-

pués del recreo del mediodía, los de tercero B teníais clase de dibujo o de plástica. Aquella semana teníamos que copiar la casa de Joan Miró en Mont-roig del Camp que Torío había colgado en la pizarra. Casi nada. Copiar un Miró, y en una hora. Y con unas pinturas que estaban tan resecaas que, cuando conseguimos reblandecerlas mezclándolas con agua, ya era la hora de entregarle la lámina a Torío. Un tipo enrollado, Torío. Puede que sea cosa de la asignatura. Sin embargo, aquel miércoles, en cuanto abandonó el aula con la mandamás, también empezó a poner mala cara. Volvieron a entrar y, en un abrir y cerrar de ojos, Àxel, que estaba mejor situado, me dijo:

—Mira, Biel, mira. Se van con Gina.

Y Torío se quedó clavado allí, con la puerta del aula de diseño abierta, y la directora y tú os fuisteis a secretaría y allí pensé qué extraño.

—¿Qué habrá hecho? —le pregunté a Àxel.

Antes de que llegarais a la secretaría salieron el hombre misterioso y tu maestra, no recuerdo cómo se llamaba, que te colgó la mochila en la espalda y, con gesto maternal, si me permites que te lo diga, te dio dos besos. Y la mandamás, que nunca había dado dos besos a nadie, se limitó a acariciarte la carita, en un gesto más bien frío. Y el hombre, él sí, con decisión, te cogió de la mano y, despacito, os alejasteis hacia la calle. Cuando pasasteis por delante del aula de diseño, Torío te dijo adiós con un pincel y, por lo que pude ver desde lejos y volviendo el cuello, te sonrió.

—¿Crees que la han expulsado?

—¿A Gina?

—Entonces, ¿por qué se la llevan?

—Ese señor no es su padre...

—¿Y quién va a ser?

—Su padre lleva bigote y a ese señor no lo había visto nunca.

Y a partir de aquí, mientras Ayuso se entretenía riñendo a un despistado que devolvía *El barón rampante*, de Italo



Calvino, fuera de plazo, Àxel y yo especulamos sobre por qué te podían haber expulsado.

—Ha robado dinero —decía uno.

—¿Dinero de dónde?

—De la tutoría. —Nos inventábamos, por ejemplo.

—O ha entrado en el vestuario de los chicos.

Y nos daban ganas de reír.

—Sí, ha entrado, se ha desnudado y les ha enseñado la vulva a los niños de tercero B.

Ayuso, desde la puerta, nos lanzó un buen grito. Fingimos estar leyendo, como si nada, y, en voz muy baja, seguimos considerando opciones. En aquel momento, tú y el hombre taciturno que había venido a recogerte ya habíais salido de la escuela y subido al taxi. El conductor, mientras esperaba con el taxímetro en marcha, había aprovechado para hacer el giro a la indonesia para salir del callejón y bajar de nuevo por Bellesguard.

—A lo mejor han muerto sus padres...

—Querrás decir sus abuelos. ¿Cómo quieres que se mueran sus padres?

Y en aquel preciso instante, en un caluroso miércoles de mayo, alrededor de las cuatro de la tarde, frente al ventanal de la biblioteca, con la vista fija en el patio de los tres pinos de una escuela con nombre de santo y Ayuso convertido en un personaje fantasmagórico que no dejaba de refunfuñar por lo bajo, mi mundo se vino abajo. Descubrí que los padres también podían morir. Hasta entonces nadie me lo había dicho. Nunca lo había pensado. Y, de repente, todas mis certezas se tambalearon. Incorporé un riesgo a mi vida. Un miedo nuevo, desconocido y profundo.

—Àxel, ¿estás seguro de que siendo unos niños pueden morir nuestros padres?

Me contó que tenía un primo al que le había ocurrido. Y me aseguró que no era verdad que los padres se muriesen de viejos. Bueno, no necesariamente. Yo me resistía a creerlo, y cuando vinieron a recogerme, en cuanto subimos

al R5 le pregunté a mi madre si era verdad que... Saqué el tema con pesar, con la esperanza de que fueran cosas de Àxel. Y no recuerdo la respuesta exacta, pero entendí que sí, que aquí puede palmar todo el mundo, a cualquier edad y en cualquier momento. Como las tres filomenas que teníamos en casa y que se habían ido muriendo así, adiós, dentro de la pecera, sin que llegáramos a conocer las causas. ¿Te haces una idea de la conmoción que supuso eso para mí durante muchos meses? Por eso te decía que nunca olvidaré la primera vez que me fijé en ti. Hasta ese día sabía quién eras, por supuesto que sí. Gina, una niña de mi mismo curso, de otra clase, puede que una de las mejores dando volteretas en gimnasia pero de quien ni siquiera sabía los apellidos.

Al día siguiente, en la escuela, nuestra señorita, Núria, de tercero C, nos lo comunicó. De pie, delante de la pizarra, nos dijo que durante el resto del curso tendríamos que ayudar a Georgina Castro si nos parecía que estaba triste, porque se había muerto su madre. Hasta entonces, ninguna clase de niños y niñas de nueve años había escuchado a la señorita Núria con tanta atención. Y Núria tampoco había visto nunca, en los trece años que llevaba como maestra, unas caritas tan receptivas ante el drama que les estaba explicando. A mi alrededor vi más de una cara pálida, de alguien que, como me había ocurrido a mí, acababa de descubrir una posibilidad jamás contemplada. Hubo alguien que incluso sollozó. Diría que fue una amiga tuya. Y tú nos diste mucha pena. Àxel, que puede que ya apuntara como estudiante de periodismo, le preguntó a la señorita Núria si tu madre se había muerto de un día para otro o si ya estaba enferma.

—De un derrame cerebral —respondió Gina, que había escuchado, reprimiendo la nostalgia, el monólogo catártico de Biel.

No fue así como nos lo dijeron. Nos explicaron que se había encontrado mal y que se había muerto de repente. Y

a partir de entonces, cada vez que mis padres se encontraban mal o que por alguna razón tenían mala cara, yo no se lo contaba a nadie, aunque sufría en silencio y quería que el médico viniera a casa para echarles una ojeada. Y escuchaba si respiraban bien. Y si...

—Biel, ¿puedo decirte una cosa?

Gina había empezado a sentir frío.

—Claro... —A su lado, Biel, con la mirada clavada en algún lugar del techo, le despeinó los pelos del brazo—. Faltaría más...

—Tú descubriste los peligros de la vida. Y lo lamento mucho. Tu inocencia a tomar por el culo. Pero quien se cayó del caballo fui yo. Mi madre se me murió a mí. A los treinta y uno. De un día para otro, buenas noches.

—Eh, que yo...

—Te deja en la escuela por la mañana y tu tío te recoge a media tarde, te lleva en taxi a casa y mientras te sirve un vaso de leche para merendar te cuenta lo sucedido.

—Gina, tía. Yo no quería... Te decía todo eso porque Àxel había ganado la apuesta. Que había salvado el pellejo, vamos... Si eso ocurrió un miércoles, es cierto que tú no volviste hasta el lunes.

—No lo recuerdo. No recuerdo nada de aquellos días. Es como si no hubiesen existido. En realidad, ¿sabes qué es lo peor de todo? Que no recuerdo a mi madre. Ni su voz, ni su olor, ni nada de nada. A los nueve años, ¿qué quieres? Si hubiese podido escoger —sonrió, para no seguir castigando a Biel—, habría preferido enseñarles la vulva a todos los niños de tercero.

## 2

## UN AMANTE EN TUS BRAZOS

Solo uno de ellos no se había puesto las gafas para ver en tres dimensiones. De toda la platea, de esas doscientas personas —o puede que más— que miraban una pantalla que quedaba fuera del encuadre, solo había un niño que llevaba sus propias gafas y que debía tragarse la película entera en un extraño relieve, sin ver demasiado bien. Era una fotografía de la portada de la revista *Life*. «J. R. Eyerman, 26 de noviembre de 1952». Era toda la información que había en el margen inferior. Una instantánea en blanco y negro sacada durante el estreno, en Estados Unidos, de la primera película en 3D. Gina tenía el póster colgado en su habitación. Le daba risa ver a toda esa gente repeinada, con las mujeres peripuestas y los hombres con corbata, y todos —menos un niño— con las gafas de montura de papel blanco en los ojos. Y todos con el orgullo en la cara de saber que participaban de una primicia, un acontecimiento que nunca había tenido lugar antes en tantos siglos de humanidad. Los invitados al estreno no sabían, sin embargo, que por una foto que ni siquiera sabían que les sacaban, pasarían a la historia, con una mueca eterna. A Gina le encantaban las fotos de multitudes en las que no quedaba ninguna persona viva. Necesitaba que apareciera mucha gente, muchas caras en diferentes planos y, por supuesto, en blanco y negro. Podían ser aficionados al fútbol en una

gradería de antaño, soldados en un desfile nazi o ciudadanos a secas, en un paseo masivo de domingo por la Rambla, de la época en que los hombres lucían sombrero plano. Miraba sus caras, se imaginaba sus vidas y siempre pensaba lo mismo. Todos están muertos. Era su particular manera de aliviar el sentimiento de impermanencia —terrible y persistente— que, quien más quien menos, nos persigue a todos, por mucho que nos esforcemos por disimularlo.

Gina, que nunca se maquillaba, se estiró las pestañas con unas tijeras especiales. Con el pelo recogido, se puso el vestido verde que había en el suelo. Metió las piernas y, con un gesto mecánico, tiró de él hacia arriba. Se abrochó los tres botones que caían sobre la cadera, se miró en el espejo que había junto al póster, abrió la ventana de la habitación para ventilarla, tiró una vez del cubrecama estampado, cogió la carpeta de la facultad y los auriculares del *walkman* y salió a toda prisa hacia la universidad. Desde el pasillo oía los ronquidos.

—Me voy. —Su padre, inmóvil, no la había oído. No lo molestaba ni la sintonía del final del telediario. Se acercó a él y gritó un poco más alto—. Que me voy.

Como un tronco. La siesta de cada tarde, en la butaca de orejas de toda la vida, la que siempre había visto en el comedor de casa. Se había dado cuenta de que en las fotos del piso de los abuelos ya aparecía esa butaca. Como mucho, para sobrevivir al paso del tiempo, habían relleno los cojines y la habían tapizado con un terciopelo más oscuro, más sufrido, como solían decir, para que pareciera nueva. Le sacudió los hombros, con la intención de despertarlo.

—Parece que tengas setenta años.

—¿Qué?

—Que no paras de sobar delante de la tele.

—Estoy cansado —respondió, sin abrir los ojos y apenas la boca.

—Me voy. Hasta mañana.

—¿Adónde vas?

—A clase, papá.

«¿Adónde quieres que vaya?», pensó.

—¿Hasta mañana?

Gina no tenía intención de dar más explicaciones y, haciendo oídos sordos, empezó a alejarse por el pasillo, con el casco de la moto en la mano y la música de Gloria Gaynor en una oreja, gracias a un pequeño auricular redondo y acolchado.

—Te he preguntado adónde vas.

Su padre se había despertado. Ya volvía a ser el de siempre.

—A clase.

—Me has dicho hasta mañana...

—¿No te ibas a Bilbao?

—¿Y? Quiero saber adónde vas aunque no esté en casa.

—Al salir de la uni ya veremos.

No era la primera tarde que Gina reivindicaba el derecho a tener secretos.

—Pero ¿puedo saber qué planes tienes?

—No lo sé, papá, punto número uno. Al salir de clase no sé adónde voy a ir, no sé con quién voy a ir y no sé cuándo volveré. Y punto número dos, tengo dieciocho años y hago lo que me da la gana.

—Y una mierda. —Había conseguido desvelarlo—. Por mí como si tienes veintiocho. Mientras vivas aquí me dirás qué haces y dónde estás.

—¿Y tú?

—¿Yo, qué de qué?

—¿Tú no me vas a dar explicaciones? Creo que somos dos los que vivimos aquí...

—Lo que me faltaba.

—¿Con quién vas a Bilbao?

A su padre, con el culo pegado a la butaca, no le dio la real gana de explicarle que iba a ir solo, que tomaría el último avión del día entre Barcelona y Bilbao, que al día siguiente tenía una reunión con el abogado de una fábrica de varillas para limpiaparabrisas en Galdakao y que no soportaba aterrizar en el aeropuerto de Sondika porque siempre soplaban una ventolera que movía las alas de un lado a otro, como si fueran a tocar el suelo antes que las ruedas. Precisamente en aquel aeropuerto, situado en el valle de las corrientes de aire, ya acumulaba algunas malas experiencias. A Manuel Castro —dejémoslo claro— no le gustaban los aviones y solo los tomaba cuando no quedaba más remedio. Y cuando no podía evitarlo, se pasaba todo el tiempo del despegue, mientras la nave volaba con el morro más elevado que la cola, encadenando un padrenuestro tras otro, sin mover los labios, hasta que se apagaba la luz que le permitía desabrocharse el cinturón de seguridad. Entendía aquel aviso como una señal de complicidad del piloto con los pasajeros. Les comunicaba, como si fuera un guiño, que ya tenía la situación bajo control y que no tenían nada que temer hasta que se volviera a encender la lucecita del cinturón. Pero en vez de decir nada de todo eso —Manuel llevaba años guardándose todo para él—, repasó a Gina de arriba abajo.

—¿Y te dejarán entrar en la universidad vestida con esa ropa de muerta?

—Siempre estás igual. Eres...

Odiaba la manera en que su padre pronunciaba las palabras «ropa de muerta». Con énfasis en la «erre» y con un desprecio que la sacaba de quicio. La ofendía. No soportaba que se metiera con su forma de vestir y con su forma de vivir. Y de reírse. Y de pensar. Y de comer, poco y sano. Cogió las llaves de la moto, colgadas del cohete de Tintín que había sobre el mueble del recibidor, abrió la puerta, salió y, sin decir ni adiós, la cerró, con menos rabia de lo que habría deseado.